

La polilla en la casa del humo

Guillem López

*Lo mejor que puedes hacer, cuando estás en este mundo,
es salir de él. Loco o no, con miedo o sin él.*

LOUIS-FERDINAND CÉLINE

Viaje al fin de la noche

*Hogar, hogar... Unos pocos cuartitos, superpoblados por
un hombre, una mujer periódicamente embarazada y
una turbamulta de niños y niñas de todas las edades.
Sin aire, sin espacio; una prisión no esterilizada; oscu-
ridad, enfermedades y malos olores.*

ALDOUS HUXLEY

Un mundo feliz

*Me gusta jugar con palabras, me gusta soñar. Pero
¿sabes lo que realmente deseo?*

¡Que os vayáis todos al diablo!

FIÓDOR M. DOSTOIEVSKI

Memorias del subsuelo

★

Este es el trato. Yo contaré mi historia, la de verdad, y vosotros la escucharéis os guste o no, porque hablaré de drogatas y marginados, de sexo, violencia y muerte. Seguro que sabéis a qué me refiero. Ese impulso tan jodido cuando te dicen: no mires abajo, pero lo haces, miras y cuando sientes el vértigo ya es demasiado tarde. Así son las cosas. Vivimos en un abismo con mil galerías y túneles. Es oscuro, húmedo y maloliente. Podéis imaginarlo si cerráis los ojos. Bienvenidos al pozo. Alguien me contó que, hace tiempo, los hombres y mujeres de la superficie se pusieron a cavar como locos, tan profundo que dejaron atrás el infierno. ¿Quién sabe por qué lo hicieron? Lo importante es que así nació el pozo y a eso nos dedicamos: a abrir minas y pasadizos sin parar. Quizá, cuando todo acabe, os reconozcáis entre la multitud que me mira horrorizada y señala con el dedo. La verdad, cuento con ello, sois mi última esperanza. Por el momento, y como en las buenas historias, no comenzaré por el principio, sino tres días después.

Me encontré sin trabajo. Había dejado el único empleo por el que alguien se dignaba a pagarme y lo hice sin plan previo o idea alguna de lo que venía a continuación. Pasé esos tres días borracho y colocado, quemando mis pocos ahorros. Cuando desperté en mi nicho, comido por las pulgas y asaltado por las pesadillas, decidí que podía comenzar a preocuparme. Solo me quedaba calderilla, los tobillos despellejados, dos llagas bajo la lengua y el recuerdo de un sueño horrible: estaba en mi puesto de trabajo y me empalmaba de tal manera que Gorro, mi capataz, se ofrecía a chuparme la polla. En ese momento comenzaba una lucha terrible en la que él se abalanzaba sobre mí con la boca abierta y yo intentaba pararlo por todos los medios. Horroroso. En parte porque no pensaba regresar a la cantera ni aunque ese desgraciado se aplicase con todo su empeño en mi manubrio.

Al contacto con el suelo, un estremecimiento helado me mordió los pies descalzos. La cueva apestaba al sebo tibio de las velas y a sudor rancio. Todos habían salido ya; solo quedaban las moscas, zumbando sobre los restos del desayuno. Me asomé a la gruta principal y topé con un grupo de mineros *kober*. Quinqués de aceite destellaban en sus cascos. Las articulaciones hidráulicas silbaban a cada paso. El hollín camuflaba sus cicatrices y también las juntas y las grapas que unían carne y metal. *Abí va mi futuro*, pensé. Excavar y morir, ese era el pronóstico para todos.

—Capullo. —Escuché tras de mí la aflautada voz de Ancas, mi una hermana—. ¿No tendrías que estar trabajando?

Al volverme la descubrí entre las sombras. Su cuerpo escuálido, apenas cubierto por harapos.

—¿Y tú? —respondí.

Ella se limitó a sacar la lengua, morada, casi azul. Después se escurrió tras la cortina de su nicho.

—Que te follen —mascullé.

Los mineros desaparecieron en la gruta. Las lámparas iluminaban el túnel con una sucesión de burbujas doradas. En la distancia, la profundidad ululaba un aliento que apestaba a humedad y azufre. Me apoyé en la baranda y miré abajo. Había un resplandor lejano y el latir de los hornos y las máquinas se sentía en los huesos. Al momento, llegaron los alaridos de los sacerdotes y sus alabanzas y, tras ellos, chasquidos de látigo y golpes de campana. Ahí va mi futuro. En ocasiones me imaginaba en unos años, embutido en uno de esos *mecatactos*, con la piel cosida a las planchas de metal remachado, un motor rugiendo entre las piernas y las válvulas y los escapes de sudor en la espalda. Era inevitable. No faltaba mucho para ser arrastrado al templo y convertido en un hombre, bendecir mis partes nuevas y quemar despojos de carne y grasa en nombre del dios de la mecánica. Así funcionan las cosas en el pozo, donde no hay otra luz que no sea la de los hornos ni más sonido que el picar de las cadenas.

—Un padre te matará cuando se entere de que no vas a trabajar. —Escuché la voz de Ancas de nuevo.

Di media vuelta y le enseñé los dientes. Joder, cómo la odiaba.

★

Dediqué los últimos cuatro ciclos de mi vida a picar grava. Éramos tan jóvenes que nos daban un martillo pequeño, casi un juguete. Te sentabas en el suelo, junto a un montón de cantos rodados y los desmenuzabas, tan pequeños como fuese posible. Después venía Gorro, el capataz, los barría a su capazo y transportaba el polvillo resultante al silo. Todavía hoy, no consigo imaginar el propósito de todo aquello. Gorro era un idiota tan jorobado que no podía levantar la cabeza. Pero ahí estaba, de capataz; vaya ironía. Se lo

tomaba muy en serio. Si no le gustaba tu trabajo o no le parecían suficientemente pequeños los guijarros se quitaba el gorro de lana y te daba con él. A veces también utilizaba una fina varilla de metal para fustigarnos, aunque casi nunca lo hacía. Los chiquillos solíamos reír con sus amenazas y su voz áspera. Desde la distancia, he descubierto que no era un mal capataz y que utilizaba su idiotez como refugio. ¿Qué será de él? ¿Morirá de la misma forma en que vivió? Hay muchas preguntas sin respuesta aquí abajo. Es fácil caer en sus trampas, porque una vez comienzas a pensar demasiado, te cargas de especulaciones y acabas en otra parte; hurgas adentro de la misma forma en que los mineros excavan la roca y ¿qué encuentras?: otra pregunta y la culpa. En mi caso, hablo del retrasado de Gorro sin resentimiento, quizá con un poco de envidia.

Fue mi segundo fracaso en el mundo laboral. Cuando no era más que un retaco mocosito me dedicaba a pelar ratas para el Predado de la gruta norte. Corría el rumor de que el sacerdote sentía predilección por los niños jóvenes. Yo nunca tuve ningún problema, pero Yello, que era un ciclo menor que yo, se lanzó de cabeza al pozo principal un buen día, sin motivo aparente. Nadie preguntó por qué lo hizo. Yo me largué poco después. Estaba harto de pelar ratas. Picar piedra era igual de aburrido y pagaban mejor. Claro que la paciencia no es una de mis virtudes. Ancas llevaba razón. Un padre me mataría cuando se enterase de que había dejado el trabajo.

★

Disimulé en mi nicho hasta que todos salieron. No era la primera vez que lo hacía. Cuando una madre vivía, esperaba entre las mantas cada nueva jornada. No sé por qué. Mi imagen la enternece y se quedaba allí plantada, mirándome en silencio con su ojo

sano. Recuerdo algunas cosas más de ella, pero no voy a explicarlas ahora; tampoco más adelante. No soy de esos. Con un padre era diferente. Le importaba una mierda lo que yo hiciese. Era responsabilidad mía. Sin trabajo no había sueldo y cuando llegase el final de semana y no aportase un mísero cristal al presupuesto familiar comenzaría la hora de las explicaciones.

Husmé los restos del desayuno de un padre y unos hermanos. Mendrugos de pan mohoso, huesos que chupar y un par de tragos de vino. No habían dejado mucho. Tras la cortina, escuché a Ancas sorber. Aparté la lona de un fuerte tirón y la sorprendí con medio tazón de gachas frías. Ella bufó como una *arañagato* cuando intenté quitárselo y se resistió con uñas y dientes, pero no pudo hacer nada.

Lloriqueó en un rincón mientras yo lamía el interior del cuenco. Después se acurrucó a mis pies. Una cresta huesuda deformaba la piel de su espalda. No quedaba mucho que rebañar, así que acabó chupando mis dedos sucios. Lo hizo con obsesión ciega, como un niño de teta. Renunció poco después y, sin mirarme, regresó a su nicho y corrió la cortina.

★

La gruta se desperezaba. Hombres y mujeres infectaban la tierra y sus cuerpos demacrados vibraban en las sombras. Larga vida a los devoradores de la piedra. Pronto, una multitud harapienta circularía arriba y abajo por galerías y túneles. Había superpoblación de hambre, piojos y miseria arrastrada con resignación de una parte a otra. Era patético. Una legión de cadáveres andantes dispuestos a trabajar hasta caer exhaustos por una mísera paga y un lugar en el que dormir a buen recaudo. Yo era diferente. Quiero pensar que era diferente y por eso dejé el trabajo. Tenía que

hacer algo, pero ¿qué? Supongo que esa es la gran pregunta aquí abajo: ¿qué hacer con tu vida? ¿Qué hacer con ese pedazo de tiempo que resta entre que te sacan del cubo y hasta que te arrojan al pozo del reciclaje? Preguntas, el veneno de las preguntas. Y yo sin trabajo y sin ideas; cabreado todo el tiempo; aburrido y cabreado.

Mis devaneos intelectuales fueron interrumpidos por Uñas, un viejo danzarín que desplegaba un paraguas sobre su cabeza. Quién sabe de dónde lo había sacado. Se rumoreaba que alguien lo trajo de la superficie. Él solía atribuirlo a una herencia, aunque también dijo que lo encontró en las fauces de un cocodrilo muerto. Nadie hacía mucho caso. Estaba loco. Había unos cuantos colgados en el pozo. Cada uno con su marca personal. Uñas tenía un paraguas; Tuerto Tres se pintaba el cuerpo con tiza; Meloso se acompañaba por *Flor*, una rata negra que transportaba en un bolso de piel; Maná, un tambor de hojalata; y así un iluminado por cada galería. Quizá esa era la mejor solución posible aquí abajo. Es algo que descubrí hace tiempo. Uñas vivía mejor que todos nosotros. Se reía de sí mismo y de los demás; de los sacerdotes, los guardias y sus bastonazos; de los mineros y constructores, los cirujanos y las bandas de vampiros; se reía de todo, aunque había algo taciturno en ello. A veces apostaba conmigo cuándo lo encontrarían con su paraguas de papel metido en el culo.

—¡Joven! —dijo al llegar a mi altura—. ¡Joven de juventud eterna!

Yo no respondí. No era necesario. Las palabras no significaban nada para Uñas. Así que chasqueó los dedos dos veces y continuó su camino, cantando y bailando.

—La araña tiene patas de sobra —canturreaba—. Es una suerte si te quedas coja. ¡Tralarala!

★

Hace tiempo, Gago, uno de los hermanos que vive en nuestra cueva, me contó una historia sobre Uñas. Dijo que había sido sacerdote del dios mecánico, que vivió en la superficie, en una pirámide de piedra y que había volado en máquinas aladas, como murciélagos de metal y madera. Eso explicaría su cuerpo sin modificaciones, sin un solo cable o circuito, incluso con ojos reales y no prismas multifocales como los vendedores de *bas*.

Gago me explicó que Uñas había enloquecido cuando el mundo de la superficie se derrumbó como una galería de arcilla y todo se vino abajo. Que su cielo infinito se contaminó y que los hombres de piel tostada se mataron los unos a los otros. Uñas escapó al submundo, con nosotros. ¿Por qué haría eso? ¿Quién en su sano juicio viviría por propia voluntad en el pozo?

No hay que dar demasiada veracidad a las fantasías de Gago. En parte porque todavía enviamos cristales y azufre y demás mierdas de las profundidades a la superficie. Alguien compra, aunque nosotros no olemos el beneficio de ese sucio negocio. También porque, como cada tarde, Gago apestaba a leche agria y sus dientes se veían tan podridos como los de un adicto al *bas*. Y porque es un maldito hijo de puta y no olvido cuando él y los otros unos hermanos me metieron en un barril de brea y la fiebre casi me lleva por delante. Por mí podía cantar todas la alabanzas del mundo, perder las manos con su *mecapercutor* o el culo en alguno de esos pasadizos que frecuentaba para conseguir hongos.

★

Quiero dejar una cosa clara: una familia me quiere y yo los quiero a ellos. Es nuestro vínculo sagrado. Los sacerdotes de la mecánica bendicen la familia. Somos la primera piedra sobre la que se

construyó el pozo. Todo se sustenta en la familia y el vínculo. Un padre, una madre y unos hijos en propiedad, en un nicho privado, tras una cortina, royendo los huesos del puchero. A veces, cuando suena la campana del descanso, es lo único que se escucha en el pozo. Dientes cariados que roen, sorbos al tuétano de la miseria. *Metesaca, metesaca*, pincha y corta. Es un murmullo extraño, como de termitero insomne.

Cada uno aporta a una familia lo que puede y recibe lo que puede coger. Así te preparan para la vida real. Un padre y unos hermanos son adultos. Ancas y yo todavía no. Sus cuerpos ya no son lo que fueron alguna vez. Han sustituido piezas y elementos por órganos mecánicos que los monjes fabrican con basura y chatarra inservible. Son útiles y trabajan bien. Unos pocos ciclos más y acabarán convertidos en *mecatactos*, especialmente Hugo. Es un auténtico creyente. Ha sido elegido picador y excavador de primer grado dos veces consecutivas. Recuerdo la ceremonia en el templo. Toda la una familia fue invitada y nos sentamos en las primeras filas. La multitud observaba en silencio y se apelotonaba tras las rejas. Nadie quería perderse detalle. Los siete elegidos fueron ungidos en aceites y entonaron los cánticos. Una docena de monjes redoblaban en tambores de lata de todos los tamaños. El *Pater* les hizo jurar sobre *el Manual* antes de cosechar sus ofrendas con bisturís y herramientas de buena manufactura. Hugo entregó la lengua. Estalló una euforia repentina cuando el cirujano enseñó a la multitud aquella lamprea sanguinolenta. Joder, era enorme. Gago se volvió y, superponiéndose al griterío, dijo que una madre habría estado orgullosa. Un padre y yo no añadimos nada. Supongo que ambos sabíamos que eso no era cierto.

Mi relación con una familia consiste en un juego interminable en el que yo me oculto y ellos no me buscan. Los monjes dicen que es cosa de la edad, que pasa cuando te acercas al momento en

que te convierten en adulto. No sé si es cierto. La verdad es que evito cruzarme en su camino. Un padre ya no habla nunca. A veces sueño con su voz, aunque es posible que mi imaginación vaya por libre porque no recuerdo la última vez que habló. A pesar de todo, es un buen creyente. Ha consagrado su vida y la de una familia al dios de la mecánica. Quizá ahora se arrepiente. ¿Quién puede saberlo? Lo que es seguro es que ya nada le importa lo suficiente como para abrir la boca. Es como un trozo de carne con cables y soldaduras. Pase lo que pase, se lo tiene merecido.

★

En esos días, descubrí que no era el único desempleado ocioso del pozo. Tras la marea desnutrida aparecían los vagos y también los que no eran viejos ni jóvenes y no los quería nadie. Hombres y mujeres que no hicieron sus ceremonias quirúrgicas y vagabundaban con su cuerpo original, sin modificar. Ya era tarde para ellos. A su edad, la carne no acepta los implantes ni las conexiones del *mecatacto*. No sé por qué es así, pero es algo que todo el mundo sabe. Podrían sustituir sus piernas y sus ojos casi ciegos, pero no serviría de nada. Son inútiles al sistema. Así que se dedican a esperar la muerte. Sentados en las pasarelas colgantes o en los corredores estrechos, mascando hongos, fumando y bebiendo leche agria. Solo esperan, como yo.

Hubo un tiempo en que me esforzaba por morir lo más rápido posible. Buscaba pelea en cualquier parte, con los monstruos más horribles y peligrosos que pudiese echarme a la cara. Así perdí dos dientes, tengo un bulto extraño entre las costillas, y apenas puedo cerrar el puño izquierdo debido a un tajo de cuchillo. Esa inquietud se ha diluido con el paso de los ciclos. Como a los hombres y mujeres de mediana edad. Al fin y al cabo, es cuestión de tiempo. Ellos alcanzarán antes su objetivo. Matemática del pesimismo.

Fuese lo que fuese, había pasado los últimos tres días observando a todos esos hombres y mujeres que no dejan huella al caminar. Supongo que evaluaba posibilidades. ¿Podría convertirme en uno de ellos? Quizá si evitaba por todos los medios la ceremonia que me convertiría en un adulto; si escapaba de la cueva y desaparecía para siempre jamás; si ponía tierra y piedra de por medio y encendía la ira de los sacerdotes con mi fuga. El pozo era un laberinto de galerías y pasadizos. Podría escabullirme en la noche y convertirme en otro Uñas. Él tampoco tenía implantes y conservaba manos y ojos lechosos y también la polla entre las piernas. Huir sin salir de las profundidades, marginarse entre los marginados. Solo necesitaba un plan y este vino a mí.

★

Iba camino de la casa del humo cuando encontré a Pocho. Llegaba por la cuesta de la galería siete y caminaba de esa forma desgarrada, tropezando con su propia sombra. Los faroles dibujaban burbujas de gas azul que se reflejaban en su calva. Pocho nació el mismo ciclo que yo, aunque tenía la apariencia de un anciano con disentería. Creo que nunca ganó una pelea. Otros se encargaron de ganarlas por él. Era un miserable cobarde con amistades. Trabajaba como aguador de los matones de Papi Pizkos, el dueño de todos los negocios y trapicheos en el pozo, desde el tráfico de *savia* hasta el control de los topos que te llevaban a la superficie por un riñón y unas cuantas mamadas.

—Veintiuno —dijo al verme con una especie de sorpresa incómoda—, fuera de mi camino. Más te vale no molestarme.

Yo ni siquiera me detuve y pasé a su lado. Él se lanzó contra el muro, ocultando las manos a la espalda. Eso fue lo que me hizo volverme.

—¿Qué tienes ahí, Pocho? —lo interrogué y sonreí de forma demasiado perspicaz.

—Nada que te interese —respondió con la boca pequeña mientras trataba de escabullirse. Descubrí sus ojos ebrios y la saliva seca en la comisura de su boca. Manchas de vómito, la nariz irritada.

—¿Qué celebras? —pregunté.

—Día de cobro —respondió él—. ¿Acaso no lo sabes?

—Pocho, Pocho... —musité con una cantinela—. No puedes engañarme.

—¿No?

—Has hecho algo malo, ¿verdad? —dije—. Se te nota en la mirada.

—¿Sí? —estaba aterrorizado.

—Dime que no te has metido a chapero. —Lancé un puñetazo a su hombro—. Tienes un gran futuro por delante.

Arrugó la boca y mostró aquel panorama devastado por las caries y las palizas. Dio un paso atrás y se escabulló. Un cristal de ámbar de tres puntas tintineó en el suelo. Él pareció ignorarlo. Lo observé desde el rabillo del ojo. Su piel manchada, el pelo hirsuto como el de un cadáver andante. Si fuese cirujano hubiese dicho que Pocho había muerto tiempo atrás, que alguien lo acuchilló en una gruta de comeculos o que se quedó tieso tras una ingestión de hongos, que lo encontraron en su nicho, seco como un filete de pescado en salazón. Con la distancia se sintió seguro y el orgullo le pudo.

—No tienes ni idea, Veintiuno —dijo como quien paladea un escupitajo—. Yo también puedo dar buenos golpes.

Estallé en una carcajada y lo señalé de pies a cabeza, repasando toda su colección de asimetrías y enfermedades. Aquello lo indignó todavía más y exclamó.

—¡Es un asunto importante! —insistió—. Un asunto de primera, ¿sabes?

—No me digas.

—Sí. ¿Qué pasa? ¿No me crees?

—Sí, claro. Lo que tu digas, Pocho.

Me volví sobre el hombro, como si alguien me estuviese esperando. Abrió los ojos, ofendido y enajenado. Los labios hinchados, vibrantes como gusanos. En ese momento me asaltó la duda. Quizá tuviese razón, quizá por una vez había hecho algo importante, algo que mereciese la pena.

—¿Qué ocurre, Pocho?

Entonces trató de ocultar lo que fuese, pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué tienes ahí, Pocho?

—Vete a la mierda.

—Vamos, déjame verlo.

—Ahora ya no. Te vas a tragar tus palabras.

—Joder, Pocho...

—Y me vas a chupar la polla. Algún día todos vosotros me chuparéis la polla.

—Pocho —dije, casi con resignación feliz—, tú no tienes polla.

—¡Vete a la mierda! —aulló y me apuntó con su dedo huesudo—. ¡Idos todos a la mierda!

Dio media vuelta y desapareció al trote, con su cojera, su sarna y sus locuras a cuestas. Lo despedí con una carcajada breve que se diluyó en la gruta con la misma rapidez que el tullido de Pocho. Recogí el cristal que se le había caído y decidí gastarlo en algo útil.

★

En la casa del humo todos somos iguales. La mayoría como yo: sin un oficio, ocultos de sus mayores, de las obligaciones de una familia o un contrato de esclavitud. En realidad, no era más que un lugar en que pasar de todo y fumar *bok* a un precio aceptable. El paso del tiempo se suavizaba, convertido en un tobogán de algodón, como la capa de los sacerdotes con galones o los cojines sobre los que duerme y folla el prefecto. A veces pensaba en eso; fumaba e imaginaba al prefecto y sus perros falderos y en todas las putas que los rodean, en la *savia* que esnifan y en todo eso que tienen y que nosotros no podemos alcanzar ni en sueños. Pero, por encima de todo, me imaginaba durmiendo sobre un montón de almohadones de raso, de seda, de todas esas telas brillantes que traen de la superficie. Después me pagaba otra pipa de *bok* y lo olvidaba todo. Soñar en la casa del humo tenía su precio. Aunque eran sueños de mierda que se esfumaban demasiado rápido. Somos tan miserables que ni soñar sobrios nos está permitido.

★

Acababa de encender mi segunda pipa cuando llegó Lazo. Me espabilé al escuchar su voz. La chusma al completo lo saludó con alegría y él estrechó muchas manos. Lazo era un líder natural. Todo lo contrario a mí. Yo puedo pasar desapercibido, pero él tiene luz propia, como una jodida *chispavuela*. En ocasiones, al ver la adulación babosa de esa panda de drogadictos, me preguntaba qué hacía él en la casa del humo, por qué no estaba en el harén de algún burócrata o había ingresado tiempo atrás en el seminario. Era evidente que no encajaba allí, entre nosotros.

Alto y moreno, con todo el pelo. Delgado, pero no desnutrido. Conservaba todos los dientes y, además, los tenía limpios. La

piel clara, aunque no enfermiza, y vestía con sacos teñidos, sin remiendos ni manchas de aceite. Todos lo admiraban, incluido yo, a pesar de que no tengo muy claro el origen de mi admiración. ¿Y la de los otros? No eran más que un hatajo de drogratas serviles que solían bajar la cerviz ante cualquiera que pareciese mejor que ellos. De todas formas, Lazo había sabido montárselo bien y lo mantenían un par de amantes bien posicionados. Se tiraba a un sacerdote y también eran conocidas sus visitas a las galerías cercanas a la prefectura. Por mi parte, lo veía como a un igual, alguien con quien hubiese podido compartir propósitos.

Se acuclilló al otro lado y dio un par de caladas a la pipa que alguien le ofrecía. Yo sonreí y él respondió con el mismo gesto. No éramos amigos en el sentido de amigos hasta la muerte. Hablamos muchas veces sobre cualquier cosa, nos reímos de algunos chistes, compartimos sueños irrealizables. Así es como funciona en la casa del humo, pero nadie es colega de nadie. Con Lazo era diferente. Yo sabía que le gustaba, podía verlo en su mirada, en la cadencia de su voz. No era cuestión de compasión o condescendencia. Había un respeto lejano. Quizá porque percibía en mí algo especial, algo que me hacía destacar entre aquella morralla humana.

Éramos gente extraña. A veces, las conversaciones se animaban y pasábamos del silencio a una algarabía confusa. Hablábamos de las voladuras en el pozo principal o de algún minero al que se le iba la cabeza y mataba a toda su una familia tras la última campaña. Era algo que ocurría a menudo. Solo cambiaban los nombres y el lugar. Alguien se saltaba las normas y acuchillaba a un hijo o una madre y después se lanzaba de cabeza al pozo o se entregaba a los sacerdotes que lo crucificaban como ejemplo del mal ejemplo; por sus pecados los castigaban, por perder días de trabajo, faltar a la mina y matar a futuros *mecatactos*.

Así eran los días en la casa del humo. Encendíamos otra pipa y olvidábamos todo lo dicho. Hay, en la esencia del vicio, en todo ese placer omnipresente e inmediato, un impulso irrefrenable hacia la muerte. Una sensación vertiginosa que te empuja hacia ese epitafio común en todos nosotros, en esa última frase: *¿por qué no?* El que no ha sentido alguna vez la seducción de la muerte, no sabe lo que es vivir.

★

Tenía la cabeza en otra parte. No estaba escuchando. Descubrí que Ñam, sentado a mi derecha, me miraba fijamente, esperando una respuesta. *¿Has dicho algo?* Resopló y vi la paciencia y el hastío en sus ojos, a partes iguales, cogidos de la mano. Ñam sí era un buen amigo y perdonaba mi falta de atención. Sabía que no era personal.

Nos conocíamos desde hace quién sabe cuántos ciclos. Me gustaría pensar que desde niños, pero soy incapaz de recordar nada de aquella época. Así que podría ser verdad que nos criamos juntos; que escapamos del colegio en mil ocasiones para fumar a escondidas y hacernos pajas en grupo; espiamos a su una hermana follar con un desconocido; juntos vimos nuestro primer cadáver: un adicto cuyo cuerpo estuvo tendido en una gruta mal iluminada hasta que se hinchó como un balón azul y le tiramos piedras; una vez le confesé mi amor y nos dimos un beso. O podría ser mentira. Todo falso. Era un buen amigo. Esperé mi respuesta, pero yo no recordaba de qué estábamos hablando. Entonces desistió y acercó la lumbre a la cazoleta de la pipa. Regresaba el silencio. ¿Cuánto tiempo? Y después, como una erupción, la charla, en forma de monólogo vomitado a los pies.

★

Estaba pensando en una cosa. He visto a Pocho y ¿sabes lo que me ha dicho? ¿Lo sabes? Que tiene un asunto entre manos. Pocho. Algo grande y... no, no lo digo yo, fue él, que es algo grande, que... algo grande. ¿Puedes creerlo? El muy..

Y yo me he acordado de... ¿Te acuerdas de aquel piel gris que dormía en una madriguera junto al colector del túnel treinta y seis be? ¿Te acuerdas? Tenía, joder, tenía los ojos tan hinchados como un *chupasangres* y dormía hecho un ovillo de huesos y pellejo. Puto gris. ¿Te acuerdas? Bueno, no sé si dormía porque tan solo estaba allí arriba, en su agujero, mirando a todos pasar. Dicen que encontraron en su nicho cristales suficientes para dejar el pozo. ¿Lo sabías? Joder, ¿cómo es eso posible? Quiero decir, ¿cómo es posible? Ese gris no era más que una rata de túnel y... ¿qué fue de él? ¿Lo reciclaron? Seguro que sí. Y todos esos cristales, acabaron en manos de Papi Piskos y sus sicarios. Eso es lo que ocurrió. Es verdad, no me mires así. ¿He levantado mucho la voz? Dime si levanto la voz. A veces, cuando fumo, levanto la voz. Te juro que es la verdad. ¿De dónde sacó aquellos cristales? Joder. Tenía una fortuna en su nicho y dormía sobre ella. ¿Te acuerdas? No era más que un mierda, un tío raro. Y estaba forrado.

Creo que Pocho va a ser nuestro próximo tío raro con un montón de cristales en su nicho. ¿Te hace gracia? Tengo una corazonada, Ñam. Algo me dice que es verdad.

★

—¿El qué?

—Si Pocho tuviese toda esa fortuna.

—Pero ¿qué dices?

—¿Y si fuera verdad? ¿Y si fuera todo verdad?

—No lo es, Veintiuno, no es verdad.

—Pero, ¿y si lo fuera?

—Tío, déjalo ya. No sigas con tus historias.

—Escúchame, Ñam. Lo he visto.

—¿El qué?

—Pocho me lo ocultó, pero pude verlo. Era un saco de cristales. Creo que era un saco de cristales.

—¿Crees?

—Lo vi. Un saco enorme.

—Y ¿de dónde va a sacar Pocho tanto cristal?

—Dijo que se traía algo entre manos.

—Y qué. ¿Hablamos del mismo Pocho?

—Quizá dio un palo y estafó a alguien.

—Sí, ¿quién se iba a dejar robar por Pocho?

—Papi Pizkos.

—Joder...

—Lo estás planteando mal, Ñam. La pregunta es: ¿quién tiene esa cantidad de cristales al alcance de Pocho?

—No puede ser.

—Ha metido la mano en la caja del puto Papi Pizkos, Ñam.

—Pues está jodido. Jodido de verdad.

—Vamos a por él, Ñam.

—¿Qué dices?

—Vamos a por él. Lo machacamos y nos lo quedamos todo. Tú y yo, Ñam. Tú y yo.

—Estás loco. ¿Pocho ha robado a Pizkos y quieres que nos metamos por medio? Estás loco.

—Me lo acabo de inventar.
—¿Es mentira? Joder, Veintiuno, para ya.
—¿Tú qué opinas?
—¿Qué opino? Pero si es mentira. Solo cuentas mentiras.
—Ñam, escucha, quizá no lo sea.
—¿Lo has inventado o no?
—No lo sé. ¿Tú qué crees? ¿Es mentira?
—Tío, no me cuentes estas cosas. Prefiero no saberlo.
—Si fuese cierto... Joder, si fuese cierto.
—Veintiuno, no juegues con eso.
—Hazte otra pipa.
—Has fumado demasiado.
—Hazte otra pipa, joder. ¡Eh! Ahí está otra vez. ¿Lo escuchas?
—¿El qué?
—Escucha, joder. ¿Lo oyes?
—Son las máquinas, tío, solo son las máquinas.
—No, no son máquinas, Ñam. Son bebés, son bebés llorando, están... están agonizando, joder, están casi muertos. Bebés, bebés que salen del coño. ¿Lo entiendes? Salen del coño, joder, del coño.

★

Cuando alcanzas la edad te convierten en algo útil. Hasta ese momento eres una idea, un proyecto. Sobrevives en las grutas, te defiendes de las violaciones y los abusos. Eso te curte, te hace duro por fuera. Pero hay un tiempo, una frontera difusa en la que ya no eres un crío, ni lo suficientemente adulto como para aguantar las amputaciones y los implantes del *mecatacto*. En ese lapso eres otra cosa: algo que no es carne ni hueso, a pesar de

que sangra; que no tiene una verga ni un chocho, pero folla; que mata de una cuchillada en el cuello o muere si le aplastan la cabeza; alguien que no existe, aunque se arrastra oculto en la mugre. Somos eso sin nombre. Más que niños y menos que adultos. Salvajes. Alimañas de los túneles que roban los huevos de las serpientes. Somos todo lo que ellos no se atreven a mostrar en público. Somos su miedo. Aquello que prefieren olvidar: la vergüenza ajena, las excusas de unos padres y unas madres, los pecados del hierro y el fuego. Somos tan jóvenes que no tenemos recuerdos propios y queremos destruirlo todo, pero no sabemos por dónde empezar.

★

Aquel día, cuando salí de la casa del humo, mientras mis pensamientos todavía divagaban en las brumas de la droga, me di de bruces con los sacerdotes que lanzan alabanzas al dios de la mecánica y arengan a los que regresan del trabajo. Una veintena de chiquillos zumbaban a su alrededor. Larvas danzarinas en torno a un púlpito.

—¡Bien hecho! ¡Seguid así! ¡Bien hecho!

Hombres y mujeres erosionados por el cansancio y la modificación corporal. Las piezas cambiadas de sitio, en un rompecabezas imposible. Válvulas y pistones eran la única melodía de la multitud. Regresaban a los nichos, algunos a comer y cargar las baterías, otros a beber *bas* y dejar pasar el tiempo, a buscar consuelo en la doctrina de los funcionarios. Más tarde, al apagar las luces, el pozo descansaría de la misma forma en que lo hace una rata gorda que murmura su digestión de malos sueños.

Unas pocas horas después, esos mismos sacerdotes celebrarían entusiasmados el regreso al trabajo, dando campanazos.